

LISA MOORE

Febrero

Traducción de Antonio Iriarte



narrativas

ISBN 978-84-92891-18-4

PRIMERA EDICIÓN  
2012

EDICIÓN  
451 Editores

TÍTULO ORIGINAL: *February*

PROYECTO VISUAL Y DIRECCIÓN DE ARTE  
Departamento de imagen y diseño GELV

© DEL TEXTO: Lisa Moore, 2010  
© DE LA TRADUCCIÓN: Antonio Iriarte, 2012  
© DE LA EDICIÓN: 451 Editores, 2012

COORDINACIÓN DE PRODUCCIÓN Y MAQUETACIÓN  
Área I+D de soportes editoriales GELV

Xaudaró, 25  
28034 Madrid - España

IMPRESIÓN  
Edelvives Talleres Gráficos  
Certificado ISO 9001  
Impreso en Zaragoza, España

tel 913 344 890 - fax 913 344 894

DEPÓSITO LEGAL: Z-4242-2011

info451@451editores.com  
www.451editores.com

Todos los derechos reservados. Esta publicación  
no puede ser reproducida sin el permiso previo  
por escrito de los titulares de los derechos.

POR LA MAÑANA TEMPRANO

AMANECER O ATARDECER, NOVIEMBRE DE 2008

Helen mira cómo el hombre acerca la cuchilla del patín a la muela. Tiene un cono de acero inoxidable para capturar el haz de chispas anaranjadas que salen despedidas. El intenso sonido de la afiladora se torna estridente, y Helen piensa: Johnny vuelve a casa.

11

La muela hace vibrar el mostrador bajo sus dedos; John había telefoneado la noche anterior desde el aeropuerto de Singapur. Se oía de fondo el rugido de un avión al aterrizar. Ella se había incorporado apoyándose en un codo, había cogido el auricular.

Su nieto Timmy está plantado ante la máquina expendedora de chicles, como en trance. En un letrero escrito con pluma sobre un cartón se promete un afilado de patines gratuito a quien le salga una bola de chicle negra.

Debo de tener un cuarto de dólar por aquí en algún sitio, dice Helen. Abre la cremallera del monedero. Es madre de un chico y tres chicas, y tiene dos nietos.

Mis hijas obedecían, piensa mientras hurga en busca de la moneda. Piensa en un bofetón, doloroso y sonoro; una vez le

dio una bofetada a Cathy y la huella blanca de su mano en su mejilla se volvió roja: eso fue hace años, toda una vida. Helen exigía a las chicas que cediesen, que hicieran lo que les decía; sin embargo, Johnny resultó ingobernable.

12 Un chico, como Cal, es lo que pensó cuando se enteró de que estaba embarazada de Johnny. La enfermera no le dijo el sexo del feto esa primera vez, pero Helen sabía que era un niño. La ecografía era a las cinco de la mañana, y fue en bicicleta. La calle Lime estaba cubierta de temprana escarcha de octubre. Aún había estrellas a esa hora. Sus manos estaban heladas sobre el manillar. Tuvo que subir Carter's Hill empujando la bici.

¡Con cuánta desesperación lo quería todo su hijo cuando era un crío! Quiso aquel cachorrito que encontró detrás del supermercado, sentado en un trozo de cartón. Ella le explicó que un perro cuesta dinero, lo de las pulgas y lo de que necesita ejercicio. Pero Johnny quería el perro.

La muela se acelera y chilla cuando la toca la cuchilla, y Helen saca un puñado de monedas y deja a Timmy coger una de cuarto de dólar. Su madre se pondrá furiosa. Timmy no se come las verduras, vive de macarrones y queso. Tienen reglas: todas las hijas de Helen tienen reglas estrictas. El destino del mundo puede depender de un chicle de bola, pero si dices que no, es que no.

Todos los beneficios, lee Helen, van a la Asociación Canadiense para la Salud Mental. Mira al niño deslizar la moneda en la ranura y girar la manivela con esfuerzo, y los chicles se agolpan detrás del cristal. Timmy levanta la portezuela con el dedo. Negra. Una bola de chicle negra cae rodando sobre su

mano. Se vuelve para enseñársela a Helen. Su pálida tez pecosa está radiante. La vena azul en la sien. El pelo zanahoria. Su madre, es el vivo retrato de su madre. Es júbilo, las pestañas incoloras, los ojos verdes moteados de avellana. La afiladora está con la cuchilla del segundo patín. El olor del metal caliente. Y el haz de chispas anaranjadas. Timmy muestra la bola negra y el hombre de la afiladora detiene la máquina, se levanta las gafas protectoras, las deja apoyadas en la frente.

Un afilado gratis, dice. Frunce el ceño, pasando el pulgar por la cuchilla.

Johnny llamó anoche para decir que el sol estaba saliendo en Singapur. Saliendo o poniéndose, no estaba seguro.

13

No sé qué día es, dijo. Venía de Tasmania y se había dormido en el avión, había perdido la noción del tiempo. Su móvil se cortaba todo el rato, o su voz se acercaba y se alejaba. La había despertado. Que suene el teléfono de noche siempre le da un susto de muerte a Helen.

Puede que sea lunes, dijo. O tal vez domingo. Una gran bola roja se cierne sobre las palmeras al borde de la pista de aterrizaje.

¿Alguna vez has intentado saber la diferencia entre lo que eres, dijo, y lo que tienes que ser? Lo dijo en voz baja, y Helen se sentó más erguida. A veces su voz era perfectamente clara.

Johnny era capaz de filosofar a lo grande mientras veía ponerse el sol; eso era todo. Tal vez no ocurría nada, pensó ella. Tenía treinta y cinco años, estaba en algún lugar de Singapur.

Pensó en él: un día en la playa, cuando tenía siete años, el pecho moreno, las pantorrillas rebozadas de arena. Unos chicos mayores habían estado dándole fustazos con tiras de algas, obligándolo a meterse más y más en el agua. Helen había

levantado la vista del libro. Estaba embebida en una novela, pero al minuto se encontró con el agua hasta las rodillas, dando zancadas, gritando hasta echar el bofe. Los chicos no podían oírla por el viento.

Bestias, gritaba. Grandísimos bestias. Debería daros vergüenza. Estaba ya a su altura y se quedaron helados.

Ha empezado él, señora.

¿Pero no veis lo grandes que sois? ¡Miraos! Meteos con alguien de vuestro tamaño. Y los chicos se marcharon, abriendo surcos en las olas, mirando hacia atrás con algo de descaro, aunque asustados.

14

¿Dónde estaban las niñas aquel día? Cal debió de darle un respiro. Un día en la playa hace mucho, treinta años o más, y ahora aquí estaba el tocador, su frasco de perfume iluminado por una farola, el líquido marrón lleno de fuego inmóvil, el borde de la alfombra, su bata colgada de un gancho; Johnny era un hombre hecho y derecho. Helen apretaba el auricular del teléfono. Ella tenía cincuenta y cinco; no, cincuenta y seis años.

Lo que tienes que ser, dijo ella.

Johnny era la clase de hombre que llamaba a su madre de tarde en tarde, y cuando lo hacía, unas veces era expresivo, y otras, incoherente, pero inevitablemente la conexión siempre era mala. Si no, algo iba mal. Quería compartir la puesta de sol con ella, eso era todo, pensó Helen. El sol se estaba poniendo. O el sol estaba saliendo. Pero no, era algo más que una puesta de sol. Esta vez tenía algo que decirle.

El propietario coloca protectores de un rojo vivo sobre las cuchillas y ata juntos los largos cordones para que Timmy pueda echarse los patines al hombro.

Aquí tienes, ya estás listo, dice. Le da a Timmy un suave cachete cariñoso en la oreja. Timmy se encoge con timidez. Helen ve moverse el chicle de una mejilla a la otra.

Vas a patinar, a que sí, dice el hombre.

Vamos a intentarlo, dice Helen.

Los estanques estarán pronto a punto, dice el hombre. Hemos tenido un rato largo de buen tiempo.

Los tres se vuelven a mirar por la ventana. Un soplo de viento y nieve ha barrido la calle.

EN LA BASÍLICA, FEBRERO DE 1982

El *Ocean Ranger* empezó a irse a pique el día de San Valentín de 1982 y se hundió del todo al amanecer del día siguiente. Murieron todos los hombres que iban a bordo. Helen tenía treinta años en 1982. Cal, treinta y uno.

Pasaron tres días hasta que se supo con toda seguridad que todos habían muerto. Durante tres días la gente conservó la esperanza. Algunas personas. Helen, no. Ella sabía que ya no estaban vivos, y no fue justo que lo supiese. Le habría gustado tener esos tres días. La gente habla de lo difícil que resultó estar sin saber nada. Helen habría preferido no saber.

Envidió a la gente que sabía que los vientos eran de noventa nudos y que, aun así, podían acudir a la basílica de San Juan Bautista en una especie de éxtasis de fe. Representantes de tres confesiones oficiaron la misa por el *Ocean Ranger* y acudió toda la ciudad.

No lo llamaron funeral. Helen no recuerda cómo llamaron a la misa, ni si la llamaron algo, ni por qué ella asistió. Lo que sí recuerda es que no se mencionó que los hombres hubiesen muerto.

En 1982, Helen no era religiosa. Pero recuerda que algo la atrajo a la basílica. Necesitaba estar con las demás familias.

16 No consigue recordar cómo se vistió para la ceremonia. Puede que fuera en vaqueros. Sí sabe que fue andando a la basílica. Recuerda haber rodeado los bancos de nieve. Las máquinas quitanieves habían rasurado las calles. Las altas paredes blancas estaban alisadas y absorbían la luz de la calle. No se podía caminar por ningún sitio. La estatua de la virgen tenía nieve en las cuencas de los ojos y en una mejilla y sobre la boca, como el pañuelo de un ladrón. Se acuerda de eso porque ya entonces algo se estaba agitando en su interior: la injusticia de que la hubieran robado.

Y cuando coronó la colina, vio gente en las escaleras de la basílica. Había tal muchedumbre que no cabían todos en el interior.

Pero Helen se abrió camino a empujones. Se suponía que había quedado con su hermana, pero no recuerda haberla visto en ningún momento. Por todas partes, la gente se apretujaba, música de órgano, cirios e incienso. Se acuerda de las velas y de los lirios. Más lirios de los que uno pueda imaginar.

Meg, la suegra de Helen, también estaba en la iglesia, pero Helen tampoco la vio. Meg debía de estar delante. La madre de Cal habría querido estar cerca. Meg tuvo un sueño la noche antes de que zozobrara la plataforma. Soñó con un bebé: Me levanté y miré por la ventana de la cocina y había

un bebé en las ramas de un árbol, envuelto en una manta blanca. Se lo dije a Dave, le dije: Sal y coge a ese bebé antes de que le pase algo.

Todo el mundo tuvo un sueño de alguna clase la noche que la plataforma se hundió. No hay persona en toda la provincia que no sepa exactamente dónde se encontraba aquella noche. Una de las amigas de Helen daba una clase de tenis en el Club de Niños y Niñas de Buckmaster's Circle. Solo estaban la amiga de Helen y un niño prodigio, una estrella del tenis de siete años, solos en el gimnasio, con el violento chasquido de la pelota, y no tenían ni idea de la tormenta que había fuera. Salieron del gimnasio y el coche era un burujo bajo el aguacero, un confite solitario en el aparcamiento vacío. La ciudad entera había echado el cierre. Se suponía que otra amiga iba a trabajar de camarera en una cena de San Valentín pagada por adelantado. En cada mesa, una vela encendida y una rosa en un jarrón en miniatura, y había pato con salsa de arándanos de plato principal; pero el restaurante tuvo que cerrar y el propietario invitó a la amiga de Helen a cenar con él antes de irse a casa. Cuando terminaron de comer, el dueño fue de mesa en mesa apagando las velas.

17

En la plataforma había hombres que se habían despedido al marcharse, eso fue lo gracioso. Algunos llamaron a sus madres. Hombres que no solían usar el teléfono. Muchos de esos hombres no estaban acostumbrados a decir lo que sentían. No entraba en su forma de pensar. Ciertamente no decían *gracias*. Ni *adiós* ni *te quiero*.

Tenían la costumbre de convertir esos sentimientos en acciones. Cortaban leña o cavaban. Una gran pila de leña api-

lada bajo una lona impermeable azul fuera, junto al cobertizo. Traían a casa filetes de alce. Arreglaban un apartamento para la suegra. Se subían al tejado con un cubo de alquitrán. Eso significaba *gracias*. Algunos eran tan jóvenes que nunca se les habría ocurrido decir adiós. No se les ocurría ser tan previsores. Pero incluso algunos de esos críos apenas veinteañeros llamaron por teléfono a casa. Llamaron a sus novias. Dijeron que salían para la plataforma, que solo llamaban para despedirse antes de irse.

18 Muchos de los que murieron en el *Ocean Ranger* se tomaron la molestia de despedirse, y eso fue extraño. Así es como se recordó más tarde. Eso es lo que todo el mundo señaló años después. *Llamó justo antes de irse*.

La noche de la misa por el *Ocean Ranger*, Helen subió las escaleras de la basílica y dijo: Perdone. Se abrió paso a empujones, avanzó dando codazos y sin disculparse.

No recuerda a Louise, y en la iglesia no vio a la madre ni al padre de Cal por ninguna parte, pero tenían que estar ahí.

Del órgano salió una nota larga y baja como un gemido humano. Helen sintió esa nota en las plantas de los pies; vibró entre sus piernas, en el pubis y en las tripas, convirtiendo sus intestinos en agua, y en la nariz. Hizo que le doliera la nariz y le lloraran los ojos. La música del órgano la atravesó.

No era religiosa, pero alguna parte de su ser debía de esperar alguna indicación sobre cómo hacer frente a lo que se venía encima. Era insensible y descreída, pero tenía tres hijos y una especie de intuición acerca de la preñez, aunque ni siquiera le había faltado la regla todavía. O si le había faltado, no se había enterado.

Louise dice, Yo estaba allí. Hablamos de la cantidad de gente que había y te di un pañuelo de papel. Llevaba uno en la manga. Pero Helen no se acuerda de Louise.

Las velas: debía de haber cientos sobre el altar, cada una en su vasito rojo, todas confundiéndose en una mancha borrosa cuando se le llenaron los ojos de lágrimas. Parpadeó y las llamas de las velas se convirtieron en estrellas brillantes, las estrellas despidieron destellos y sus ojos se humedecieron, y las llamas se transformaron en un muro de luz chorreante.

La basílica es una gran catedral, con techos abovedados, y normalmente hace frío, y esa noche no podía uno moverse de la gente que había. Y la música del órgano sonaba muy fuerte. La gente probablemente podía oírla hasta en Water Street.

19

Y las voces sonaban igual de altas. Cuando la gente empezó a cantar, las velas aguantaron el aliento y luego destellaron con más brillo. O las puertas de atrás se abrieron de repente y el viento helado recorrió toda la nave y las velas llamearon.

¿Quién fue a cuidar a los niños? Helen no los llevó a la iglesia. Ahora lo lamenta. Johnny tenía nueve años, Cathy ocho, y Lulu siete. Zas, zas, zas, uno detrás de otro.

Tres críos con pañales por el suelo, había dicho su suegra Meg, como si eso fuera algo planeado. Tendría que haber despertado a los niños aquella noche, haberles puesto sus trajes de nieve. Ojalá lo hubiese hecho.

Los críos tendrían que haber estado con ella en esa misa, pero entonces no lo veía así. No sabe cómo pensaba entonces. Tenía la idea de que podía protegerlos. Ja.

La luz de las velas se movía al compás de la música del órgano. Una masa de luz dorada detrás de los curas —o lo que

fuesen; pastores, un arzobispo, por supuesto— en sus casullas blancas, con los brazos en alto. Empezaron los cánticos y tuvo que salir.

20 Las trémulas voces agudas de las ancianas de los primeros bancos. Esas voces son distintas, no se funden, están afinadas, pero son chillonas, y es que nunca se armonizan o se unen; lo que hacen es dirigir, son ancianas que van a misa todas las mañanas, suben Gower Street, o King's Road, o Flavin Street tras ponerle de comer al gato y tapar con un paño de cocina el cuenco en el que está subiendo la masa para el pan. Vienen con botas de goma con cremallera por delante, botas que se ponen por encima del calzado de interior y que pertenecieron a sus difuntos maridos, y las ancianas llevan sombreros de plástico para la lluvia que se atan a la barbilla y abrigos de lana con grandes botones, el pelo con la permanente hecha, y en los bolsillos, un rosario junto a varios pañuelos de papel arrugados. Estas ancianas no podían creer que tuviesen que contemplar tanto pesar a esas alturas de sus vidas. Ese tipo de cosas ya no debería tocarles. Cantaban y el sonido chillón de sus voces era el de la resignación. Hacen falta setenta u ochenta años de práctica para dominar el arte de la resignación, pero las ancianas saben que es una habilidad necesaria.

Y había voces masculinas, graves y densas, con la textura de aquellos que tratan de pensar. Los hombres intentaban pensar en cómo soportar el himno y la misa y luego ir a buscar el coche y volver a la iglesia a recoger a la mujer y a los niños para que no tuviesen que andar con ese tiempo —volveré a buscarte, para qué te vas a mojar, tú espérame en las escaleras, estate atenta al coche— y esos hombres pensaban en el tráfico y en si sus hijos

y hermanos habrían muerto. Sabiendo que estaban muertos —todos lo sabían— pero preguntándose. Sosteniendo el libro de himnos en el extremo de sus brazos, estos hombres, porque eran cortos de vista, apretaban los ojos y asentían como si estuvieran de acuerdo con las palabras que cantaban o como si, sencillamente, se alegraran de poder descifrarlas.

Los hombres que sostenían los himnarios tenían el ceño fruncido y sus mujeres se encontraban junto a ellos. La catedral estaba llena del olor a invierno y lana húmeda, piedra fría, incienso y —cerca del altar— del olor de la cera de las velas y de los lirios. En algunos de los bancos había familias enteras, niñas pequeñas con rizos y trenzas y vestidos que les colgaban por encima de los pantalones de nieve, las mejillas sonrosadas, bostezando, moviéndose hacia delante y hacia atrás. Niños pequeños dormidos en el regazo de sus madres.

21

Por esto es por lo que Helen se fue de la iglesia a mitad de la misa: algunas de esas personas estaban llenas de esperanza. Enloquecidas de esperanza, porque la sabiduría popular afirma que la esperanza trae a puerto a los marineros perdidos. Esa es la sabiduría popular. La esperanza puede resucitar a los muertos si posees la suficiente.

Se alegraba de no haber llevado a los niños. Qué clase de gente puede traer a sus hijos a una cosa así, pensaba.

Helen sabía, con certeza absoluta, que Cal estaba muerto y que se podría dar con un canto en los dientes si recuperaba el cuerpo.

Quería su cuerpo. De eso sí se acuerda. Sabía que estaba muerto, y recuerda lo mucho que quería su cuerpo. Aunque entonces no habría sabido expresarlo con palabras.